

A watercolor illustration of a young woman with a serene expression, looking slightly to the left. She wears a golden crown with intricate patterns and a blue, textured dress. The background is a soft, warm yellow-green. The text 'Stefan Zweig' is written in a black serif font at the top, and 'Leporella' is written in a larger black serif font in the lower center. The publisher's logo 'E LEJANDRIA' is at the bottom center.

Stefan Zweig

Leporella

**E** LEJANDRIA



Stefan Zweig

Leporella

**E** LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# LEPORELLA

**STEFAN ZWEIG**

**PUBLICADO: 1929**  
**FUENTE: FADEDPAGE**  
**EDICIÓN: INSEL-VERLAG, LEIPZIG, 1929**  
**TRADUCTOR: ELEJANDRÍA**

## LEPORELLA

Se llamaba, con su nombre cristiano, Crescentia Anna Aloisia Finkenhuber, tenía treinta y nueve años, provenía de un nacimiento ilegítimo y de un pequeño pueblo montañoso en el Zillertal. En la sección «Rasgos distintivos» de su libreta de empleados figuraba una raya inquisitiva y negativa; si los funcionarios estuvieran obligados a hacer una descripción de carácter, tan solo una mirada fugaz a ese apartado habría de anotar, sin falta: semejante a un caballo montés, amputado, de huesos marcados, seco. Pues algo inconfundiblemente ecuestre se hallaba en la expresión de su labio inferior pesado, en el oval alargado y duro de su rostro bronceado, en la mirada apagada, sin pestañas, y sobre todo en el cabello, denso, grueso, con grasa adherida a la frente. Incluso de su andar emanaba la arrogancia, la terquedad de un burro de montaña, como aquel paás de montaña alpino que, verano y invierno, sobre los pedregosos caminos de los llanos, arrastra con las mismas antiguas y tambaleantes maderas portaequipajes, con un trote cascarrabias, tanto cuesta arriba como cuesta abajo. Liberada del yugo del trabajo, solía Crescenz, con las nudosas manos holgadamente entrelazadas y con los codos en ángulo, arrastrarse somnolienta, como animales en el establo, con los sentidos igualmente retraídos. Todo en ella era duro, de madera y pesado. Pensaba con dificultad y comprendía despacio: cada nuevo pensamiento penetraba opacamente en su interior, como si pasara a través de un tamiz grueso; pero una vez que algo nuevo lograba introducirse en su ser, lo aferraba con tenacidad y avaricia. Nunca leía, ni periódicos ni libros de oraciones; escribir le suponía un esfuerzo, y las torpes

letras de su recetario le recordaban de modo extraño a su propia figura tosca, carente, en todas sus formas palpables, de la feminidad. Tan dura como los huesos, la frente, las caderas y las manos era su voz, que a pesar de los densos y tiroleses sonidos de garganta siempre rechinaba oxidada —lo cual en realidad no era sorprendente, pues Crescenz no dirigía palabra innecesaria a nadie. Y nadie la había visto jamás reír; en eso también era enteramente bestial, ya que, quizás más cruel que la pérdida del habla, a las criaturas inconscientes de Dios no se les concede la risa, esa expresión de sentimiento que se desborda liberadamente.

Criada como hija ilegítima a expensas de la comunidad, siendo ya a los doce años contratada como criada, más tarde como moza de limpieza en una taberna, finalmente logró abrirse camino, gracias a su tenaz y testaruda energía laboral, desde aquella taberna de carruajes, hasta ingresar en una respetable posada turística como cocinera. A las cinco de la mañana, Crescenz se levantaba allí a diario, trabajaba, barría, limpiaba, avivaba el fuego, cepillaba, ordenaba, cocinaba, amasaba, batía, prensaba, lavaba y chisporroteaba hasta altas horas de la noche. Nunca se tomaba vacaciones, jamás salía de casa, salvo para ir a la iglesia: para ella, la pieza circular y ardiente del fuego en el horno era como el sol, y los miles y miles de leña que despedazaba a lo largo de los años, su bosque.

Los hombres le dejaban en paz, ya fuese porque aquel cuarto de siglo de labor encarnizada le había arrebatado de ella todo rastro de feminidad, o porque, tosca y poco comunicativa, rechazaba de plano cualquier acercamiento. Su única alegría residía en el dinero en efectivo, que iba juntando con el instinto acumulador y mezquino de las campesinas y simplonas, para no tener que, ya mayor, tragar nuevamente el amargo pan de la comunidad en el asilo de pobres.

Por única razón del dinero, también este miserable ser, de treinta y siete años, había abandonado por primera vez su tierra tirolesa. Una intermediaria profesional, a quien había visto trabajar día y noche durante el frescor veraniego en la cocina y el salón, la atrajo con la

promesa de un salario doble hacia Viena. Durante el viaje en tren, Crescenz no pronunció ni una sílaba a nadie mientras comía, y sostuvo el pesado cesto de paja con sus pertenencias, a pesar de la amable oferta de ayuda de sus compañeros de viaje, que querían guardarlo en la red de equipaje, manteniéndolo en posición horizontal sobre ya adoloridas rodillas, pues el engaño y el robo eran los únicos pensamientos que bullían en su tosca frente campesina acerca del concepto de la gran ciudad. En Viena, durante los primeros días, tuvo que ser escoltada al mercado, porque temía a los carritos como la vaca al automóvil. Pero en cuanto llegó a conocer las cuatro calles hasta el mercado, ya no precisó de compañía alguna; trotaba con su cesto, sin levantar la vista, de la puerta de la casa al puesto de venta y de regreso, barriendo, avivando y ordenando en el nuevo y en el antiguo horno, sin notar ningún cambio. A las nueve, a la hora del pueblo, se acostaba y dormía como un animal, con la boca abierta, hasta que el despertador la sacudía por la mañana. Nadie sabía si se encontraba bien, quizá ella misma tampoco, pues no se dirigía a nadie, y respondía a las órdenes únicamente con un opaco «Woll, woll» o, si estaba de humor, con un encorvado y tozudo levantamiento de hombros. No se dignaba a prestar atención a los vecinos ni a las criadas de la casa: las miradas burlonas de sus compañeras de vida, más frívolas, se deslizaban como agua sobre el curtido pelaje de su indiferencia. Sólo una vez, cuando una muchacha imitó su dialecto tirolés de forma burlona y no cesó de mofarse de la callada, de labios cerrados, la sacó repentinamente a la acción, arrancando una leña ardiente del horno y arremetiendo contra la que gritaba atónita. Desde aquel día, todas se alejaron de la iracunda, y nadie volvió a atreverse a escarnecerla.

Cada domingo por la mañana, sin embargo, Crescenz acudía a la iglesia con su falda arrugada y abultada, y su gorro campesino. Y tan solo una vez, en su primer día de vacaciones vienesas, intentó dar un paseo. Pero como no quiso utilizar el tranvía y a lo largo de su cauteloso recorrido por las bulliciosas y desordenadas calles solo veía muros de piedra, apenas llegó al canal del Danubio; allí se

quedó mirando el agua que corría, como si algo le resultara familiar, dio media vuelta y, de nuevo, regresó por el mismo camino, siempre junto a las casas y evitando con miedo la calzada. Aquella primera y única excursión, al parecer, la dejó desilusionada, pues desde entonces nunca abandonó la casa, sino que prefería pasar los domingos ocupada con la aguja de coser o, con las manos vacías, mirando por la ventana. Así, la gran ciudad no trajo ningún cambio a la arraigada rutina de sus días, salvo que ahora a fin de mes recibía cuatro billetes azules en lugar de dos en sus gastadas, maltrechas y destrozadas manos. Cada vez que examinaba esos billetes, lo hacía con recelo y durante mucho tiempo. Los desplegaba con torpeza y, casi con ternura, los alisaba, antes de guardar las nuevas hojas junto a las demás en la pequeña caja de madera tallada de color amarillo, que había traído del pueblo. Ese inerte, tosco y diminuto cofre era el secreto absoluto, el sentido de su vida. Por las noches, colocaba la llave bajo su almohada. Nadie en la casa conocía dónde la guardaba durante el día.

Así era ese extraño ser humano (o como se le pudiera llamar, aunque lo humano se manifestaba en ella de forma enteramente opaca y enterrada) —pero quizá se precisaba justamente de un ser con los sentidos tan encajonados y cerrados, para poder soportar el servicio en el igualmente singular hogar del joven barón de F...—. Pues, en general, los sirvientes allí no soportaban más la atmosférica disputada de la casa que el tiempo legalmente estipulado de ingreso y renuncia. La enérgica, casi histérica, gritería provenía de la ama de llaves. Hija de un acaudalado fabricante de Essen de edad avanzada, había conocido en un balneario al mucho más joven barón (de nobleza mediocre y situación económica aún peor) y se había casado apresuradamente con el apuesto galgo, cargado de encanto aristocrático. Pero apenas concluidas las lunas de miel, la recién casada tuvo que admitir la justificación de la oposición que sus padres, más inclinados a la solidez y a la eficiencia, habían planteado contra tan precipitado matrimonio. Porque, además de numerosas deudas ocultas, pronto se descubrió que el rápidamente desenvuelto esposo dedicaba a sus deambulatorias aventuras de soltero

considerablemente más interés que a las obligaciones conyugales; no precisamente de mal humor, en el fondo incluso jovial como todos los frívolos, pero sin vergüenza y desinhibido en su concepción del mundo, despreciaba cualquier cálculo de capital como una mezquina estrechez de procedencia plebeya. Él deseaba una vida fácil, ella anhelaba una solidez y una ordenada vida doméstica de corte burgués del Rin: aquello le ponía los pelos de punta. Y cuando, a pesar de su riqueza, tuvo que mendigar toda suma mayor y su esposa, la calculadora, incluso le negó su más querida demanda, un establo de carreras, él encontró escasas razones para seguir preocupándose con lo marital de aquella corpulenta y severa mujer del norte, cuyo tono autoritario le resultaba desagradable en los oídos. Así la dejó, como se suele decir, en el hielo, apartándola sin gestos bruscos, pero nada menos decididamente. Si ella le reprochaba algo, él la escuchaba cortés y aparentemente atento, pero en cuanto terminaba su sermón, exhalaba con el vapor de su cigarrillo las apasionadas admoniciones, y hacía lo que le apetecía sin reparo. Esa pulida, casi oficial, amabilidad, enfurecía a la esposa desilusionada más que cualquier oposición. Y puesto que ella quedaba completamente desarmada frente a la bondadosa, inmaculada y hasta penetrante cortesía de él, estalló en otra dirección el represivo enojo: discutía airadamente con los sirvientes, descargando impetuosamente en los inocentes su, en realidad, justa pero inapropiada indignación. Las consecuencias no se hicieron esperar: en el transcurso de dos años tuvo que cambiar de criadas no menos de dieciséis veces, en una ocasión inclusive tras una agresión, que solo pudo resolverse con una notable indemnización.

Únicamente Crescenz permanecía, como un coche de caballos en la lluvia, inamovible en medio de ese tumulto tempestuoso. No tomaba partido por nadie, no se ocupaba de cambios, no parecía notar que aquellos seres ajenos que le habían sido asignados, con quienes compartía la sala de criadas, cambiaban continuamente de nombres, color de pelo, olor corporal y comportamiento. Pues ella misma no hablaba con nadie, y no se interesaba por las puertas que se abrían a gritos al azar, los almuerzos interrumpidos, las crisis

impotentes y histerias. Iba, absorta en sus quehaceres, de su cocina al mercado, y del mercado regresaba a su cocina: lo que sucedía más allá de ese círculo amurallado no le importaba. Como un mazo de trillar, trabajando duro y sin sentido, golpeaba día tras día, y así transcurrieron sin acontecer dos años de gran ciudad, sin que se produjera ninguna ampliación de su mundo interior, a menos que los acumulados billetes azules en su cajita aumentaran en una pulgada, y, cuando contaba, al final del año, billete tras billete con el dedo húmedo, la mágica cifra de mil dejara de parecer lejana.

Pero el azar tiene brocas de diamante, y el destino, peligrosamente astuto, a menudo irrumpe desde el lugar más insospechado y sacude con total estruendo incluso la naturaleza más pétrea. En el caso de Crescenz, el motivo externo se revestía de una banalidad casi tan tosca como ella misma: tras una pausa de diez años, al Estado le volvió a caer el gusto de ordenar un censo, y en todas las viviendas se enviaron formularios extremadamente complicados para la cumplimentación exacta de los datos personales. Desconfiada de las torpes y meramente fonéticamente correctas letras de los funcionarios, el barón optó por rellenar él mismo los apartados, y para ello llamó a Crescenz a su despacho. Al interrogarle sobre su nombre, edad y lugar de nacimiento, resultó que él, como cazador apasionado y amigo del terrateniente local, había disparado a varios corzos en su rincón alpino y un guía, procedente de su pueblo natal, lo había acompañado durante dos semanas. Y, curiosamente, dicho guía resultó ser también pariente colateral de Crescenz y del barón de ánimo suelto, de modo que de aquella ocasión fortuita se desató una conversación prolongada, en la que surgió una nueva sorpresa, a saber, que en aquel mismo mesón, donde ella cocinaba, había degustado un excelente asado de ciervo —todas estas nimiedades, pero extrañamente coincidentes, y para Crescenz, que por primera vez veía a un hombre que conociera algo de su tierra, resultaron casi maravillosas. Se quedó frente a él, con la cara sonrojada e interesada, se inclinó torpemente y halagada, cuando él pasó a bromear, imitando el dialecto tirolés, y le preguntó si sabía hacer yodel y otras travesuras de muchacho.

Finalmente, divertido consigo mismo, le dio una palmada a la rústica parte trasera con la mano plana, al estilo campesino, y la despidió riendo: «Ahora vete, buena Cenzi, y te doy dos coronas, porque eres del Zillertal».

Ciertamente: aquello en sí no fue un motivo patético ni trascendental. Pero, sobre el sentimiento casi subterráneo y fétido de ese ser opaco, aquella conversación de cinco minutos se asemejó a una piedra en un pantano: primero, lenta y perezosamente, se formaron círculos en movimiento, que, con pesadez, se propagaron hasta alcanzar muy lentamente el borde de la conciencia. Por primera vez en años, la terca muda había entablado una conversación personal con algún ser, y, de forma sobrenatural, le pareció al destino que justamente ese primer hombre que le habló, aquí en medio del laberinto pétreo de sus montañas, supiera algo de su tierra y hasta había probado en otra ocasión un asado de ciervo preparado por ella. A ello se sumaba aquella bofetada jovial en el trasero, que en el lenguaje campesino constituye una especie de pregunta lacónica y publicidad hacia la imagen femenina. Y si bien Crescenz no se animó a decir que lo interpretaba así, ese elegante y distinguido caballero había expresado, de verdad, un deseo similar hacia ella —la intimidad física, sin embargo, de alguna manera despertaba en sus adormecidos sentidos una sensación revolucionaria.

Y así, a partir de ese impulso fortuito, comenzó, capa tras capa, un ir y venir en su fértil tierra interior, hasta que finalmente, primero torpemente y luego con mayor claridad, se desprendió un nuevo sentimiento, semejante al repentino reconocimiento con el que un perro, entre todas las figuras bípedas que lo rodean, identifica un día a una de ellas como su señor: desde esa hora en adelante, lo siguió, lo saludó moviendo la cola o ladrando al que, por designio del destino, estaba por encima de él, se sometió voluntariamente y obedeció su rastro, paso a paso. Exactamente así fue como en el círculo endurecido de Crescenz, que hasta entonces estaba completamente delimitado por tan sólo cinco o seis conceptos — dinero, mercado, horno, iglesia y cama—, irrumpió un nuevo

elemento que demandaba espacio y, con violencia tosca, empujaba a un lado todo lo anterior. Y con esa avaricia campesina, que nunca suelta aquello que una vez ha poseído, fue introduciendo ese nuevo elemento profundamente bajo la piel, hasta adentrarse en el enmarañado mundo de impulsos de sus sentidos embotados. Empero, transcurrió cierto tiempo antes de que la transformación se hiciera visible; asimismo, aquellos primeros indicios eran realmente discretos, como, por ejemplo, cuando lavaba con especial fanática diligencia la ropa y los zapatos del barón, mientras que a la de la baronesa la dejaba al cuidado de la criada. O cuando se le veía frecuentemente en pasillos y salones, apresurándose en cuanto oía el ruido de la llave en la puerta principal, diligente para quitarle el abrigo y el bastón. Doblaban sus esfuerzos en la cocina, se esforzaba, con dificultad, en aprender el extraño camino hacia el gran mercado, con el único fin de comprar un asado de ciervo. Y también en su aspecto exterior se notaban señales de mayor esmero.

Una o dos semanas pasaron hasta que esos primeros brotes de su nuevo sentimiento irrumpieron desde lo más profundo de su ser. Y se necesitaron aún semanas y semanas para que un segundo pensamiento creciera junto a ese primer impulso y, dejando atrás su incierto estado, adquiriera un color y una forma definidos. Ese segundo sentimiento no era otra cosa que el complemento del primero: un odio, inicialmente opaco, pero que con el tiempo se manifestó, desnudo y sin tapujos, hacia la esposa del barón, hacia aquella mujer que vivía, dormía y hablaba con él, y que sin embargo no mostraba la misma devota reverencia que ella. Fuera que — inconscientemente, ahora con más atención— hubiera presenciado una de aquellas escenas vergonzosas en que el venerado señor era humillado de forma repugnante por su iracunda esposa, o que el contraste entre su jovial intimidad y la altiva reserva de la mujer del norte reprimida lo hiciera sentir el doble de desprecio, de repente la ignorante le mostró una especie de terquedad, una hostilidad punzante, repleta de mil pequeñas espinas y maldades, que se oponía. Así, la baronesa tenía que insistir al menos dos veces antes de que Crescenz, con deliberada lentitud y manifiesta renuencia,

atendiera su llamado, y sus hombros encorvados ya expresaban, desde el principio, una decidida oposición. Recibía órdenes y mandatos sin decir palabra, de modo que la baronesa jamás supo si había comprendido correctamente; y si, por precaución, preguntaba de nuevo, sólo recibía un asentimiento hosco o un despectivo "Hob jo scho ghört". O sucedía, a la vera del teatro, que la mujer, nerviosa, recorría los salones, y una llave importante desaparecida se redescubría inesperadamente media hora después en un rincón. Los mensajes y llamadas telefónicas dirigidos a la baronesa solían olvidarse regularmente: una vez interrogada, le lanzaba sin el menor atisbo de pesar un frío "I hob holt vergess'n" a sus pies. Nunca le miraba a los ojos, tal vez por temor a no poder contener el odio.

Mientras tanto, los desacuerdos domésticos conducían a escenas cada vez más desagradables entre los esposos: quizás la, inconscientemente provocativa, huraña de Crescenz contribuía a la exaltación progresiva, semana tras semana, de la mujer. Acabada, por el prolongado estado de soltería que fluctuaba en sus nervios, agravado por la indiferencia de su marido y las descaradas hostilidades de los criados, la afligida perdía cada vez más el equilibrio. Inútil fue alimentar su excitación con bromuro y Veronal; y, cuanto más intensos eran los altercados, más se deshacía el hilo tenso de sus nervios, sufriendo convulsiones de llanto y estados histéricos, sin que a nadie le llegara el menor consuelo o siquiera la apariencia de ayuda bondadosa. Finalmente, el médico consultado recomendó una estancia de dos meses en un sanatorio, una sugerencia que el, normalmente tan indiferente, marido aceptó de forma repentina y con tal preocupación que la mujer, nuevamente recelosa, se opuso en un principio. Mas al final se decidió la marcha, asignándole la joven sirvienta para que la acompañara, mientras Crescenz debía quedarse sola a atender al señor en el espacioso departamento.

La noticia de que únicamente el benévolo señor iba a confiarle su cuidado, le provocó a la dura alma de Crescenz una repentina efervescencia. Como si se hubieran agitado salvajemente en una botella mágica todos sus jugos y fuerzas, emergió del fondo de su

ser un sedimento oculto de pasión que coloreó por completo toda su figura. La llamada, ese ser pesado y torpe, de pronto se derritió de sus miembros duros y congelados; parecía, como si desde ese instante electrizante hubiera adquirido de pronto ligereza en las articulaciones, un andar rápido y ágil. Andaba de habitación en habitación, subiendo y bajando escaleras; tan pronto como oía el ruido de la llave en la puerta principal, se apresuraba, para quitarle abrigo y bastón al señor. Doblaba sus esfuerzos en la cocina, se empeñaba incluso en aprender, con dificultad, el extraño camino hasta la gran sala de mercados, solo para comprar un asado de ciervo. Y también en su aspecto exterior se evidenciaban signos de mayor esmero.

Pasaron una o dos semanas hasta que esos primeros retoños de su nuevo sentimiento se abrieron paso desde su mundo interior. Y fueron necesarias aún semanas y semanas para que un segundo pensamiento creciera junto a ese primer impulso y, dejando atrás su incipiente estado, adquiriera un color y una forma definida. Ese segundo sentimiento no era otra cosa que el complemento del primero: un odio, al principio opaco, que con el tiempo se manifestó de forma desnuda y sin disimulo hacia la esposa del barón, hacia aquella mujer que vivía, dormía y hablaba con él, y que, sin embargo, no mostraba la misma devota reverencia que ella. Fuera que —inconscientemente, ahora con mayor atención— hubiera presenciado una de aquellas escenas vergonzosas en que el adorado señor era humillado de forma repugnante por su iracunda esposa, o que el contraste entre su jovial intimidad y la altiva reserva de la mujer reprimida del norte le evocara un doble sentimiento, de repente la ignorante mostró una especie de obstinación, una hostilidad espinosa, repleta de mil pequeñas puntas y maldades, que se oponía. Así, la baronesa tenía que insistir al menos dos veces antes de que Crescenz, con deliberada lentitud y manifiesta desazón, atendiera su llamada, y sus hombros erguidos ya expresaban, desde el comienzo, una decidida resistencia. Recibía órdenes y mandatos sin pronunciar palabra, de modo que la baronesa jamás supo si había entendido bien; y si, por precaución, volvía a preguntar, sólo

recibía un hosco asentimiento o un despectivo “Hob jo scho ghört”. O sucedía, poco antes de una salida al teatro, cuando la mujer, nerviosa, recorría los salones, que una llave importante desaparecida se descubría inesperadamente media hora después en un rincón. Los mensajes y llamadas telefónicas dirigidos a la baronesa solían olvidarse regularmente: una vez interrogada, arrojaba sin el menor rastro de pesar un frío “I hob holt vergess’n” a sus pies. Nunca la miraba a los ojos, quizá por temor a no poder contener el odio.

Mientras tanto, las desavenencias domésticas desembocaron en escenas cada vez más desagradables entre los esposos: tal vez la, inconscientemente sugestiva, huraña de Crescenz contribuía a la creciente exaltación, semana tras semana, de la mujer. Acabada, por su prolongado estado de soltería en sus nervios, y agravada por la indiferencia de su marido y las descaradas hostilidades de los criados, la afligida perdió cada vez más el equilibrio. Inútil fue alimentar su excitación con bromuro y Veronal; y cuanto más intensos eran los altercados, más se deshacía el tenso cordón de sus nervios, provocándole convulsiones de llanto y estados histéricos, sin que a nadie le llegara el menor consuelo o la apariencia de ayuda benévola. Finalmente, el médico consultado recomendó una estancia de dos meses en un sanatorio, sugerencia que el, normalmente tan indiferente, marido aceptó de manera tan repentina y con tanta preocupación que la mujer, recelosa otra vez, se opuso en un principio. Mas al final se decidió la marcha, asignándole la joven sirvienta como acompañante, mientras Crescenz debía quedarse sola a atender al señor en el espacioso departamento.

La noticia de que únicamente el benévolo señor iba a confiarle su cuidado le provocó a la dura alma de Crescenz una repentina efervescencia. Como si se hubieran agitado salvajemente en una botella mágica todos sus jugos y fuerzas, emergió del fondo de su ser un sedimento oculto de pasión que coloreó por completo toda su figura. El ser, pesado y torpe, de pronto se derritió de sus miembros duros y congelados; parecía, como si desde ese instante electrizante hubiera adquirido repentinamente articulaciones ligeras, un andar rápido y ágil. Andaba de habitación en habitación, subiendo y

bajando escaleras; tan pronto como oía el ruido de la llave en la puerta principal, se apresuraba, para quitarle abrigo y bastón al señor. Doblaban sus esfuerzos en la cocina, se empeñaba incluso en aprender, con dificultad, el extraño camino hasta la gran sala de mercados, solo para comprar un asado de ciervo. Y también en su apariencia externa se evidenciaban signos de mayor esmero.

Pasaron una o dos semanas hasta que esos primeros retoños de su nuevo sentimiento se abrieron paso desde su mundo interior. Y se necesitaron aún semanas y semanas para que un segundo pensamiento creciera junto a ese primer impulso y, dejando atrás su estado incierto, adquiriera color y forma definidos. Ese segundo sentimiento no era otra cosa que el complemento del primero: un odio, al principio opaco, que con el tiempo se manifestó, desnudo y sin tapujos, contra la esposa del barón, contra aquella mujer que vivía, dormía y hablaba con él, y que, sin embargo, no mostraba la misma devota reverencia que ella. Fuera que —inconscientemente, ahora con mayor atención— hubiera presenciado alguna de aquellas escenas vergonzosas en que el adorado señor era humillado de manera repugnante por su iracunda esposa, o que el contraste entre su jovial intimidad y la altiva reserva de la mujer del norte reprimida le evocara un sentimiento doble, de repente la ignorante manifestó una especie de obstinación, una hostilidad espinosa, con mil pequeñas puntas y maldades, que se oponía. Así, la baronesa tenía que insistir al menos dos veces antes de que Crescenz, con deliberada lentitud y manifiesta desazón, atendiera su llamada, y sus hombros erguidos ya expresaban, desde el comienzo, una decidida oposición. Recibía órdenes y mandatos sin decir palabra, de modo que la baronesa jamás supo si había entendido correctamente; y si, por precaución, volvía a preguntar, sólo recibía un hosco asentimiento o un despectivo “Hob jo scho ghört”. O sucedía, justo antes de asistir al teatro, cuando la mujer, nerviosa, recorría los salones, que una llave importante desaparecida se descubría inesperadamente media hora después en un rincón. Los mensajes y llamadas telefónicas dirigidos a la baronesa solían olvidarse regularmente: una vez interrogada, le lanzaba sin el menor rastro de

pesar un frío "I hob holt vergess'n" a sus pies. Nunca le miraba a los ojos, quizá por temor a no poder contener el odio.

Entretanto, las disputas domésticas desembocaron en escenas cada vez más desagradables entre los esposos: quizá la, inconscientemente sugestiva, huraña de Crescenz tenía su cuota en la exaltación progresiva, semana tras semana, de la mujer. Debido a su prolongado estado de soltería en sus nervios, agravado por la indiferencia de su marido y las descaradas hostilidades de los criados, la afligida perdió cada vez más el equilibrio. Inútil fue alimentar su excitación con bromuro y Veronal; y cuanto más intensos eran los altercados, más se deshacía el tenso cordón de sus nervios, provocándole convulsiones de llanto y estados histéricos, sin que a nadie le llegara el menor consuelo o siquiera la apariencia de ayuda benévola. Finalmente, el médico consultado recomendó una estancia de dos meses en un sanatorio, sugerencia que el, normalmente tan indiferente, marido aceptó con tal repentina preocupación, que la mujer, nuevamente recelosa, se opuso al principio. Pero al final se decidió el viaje, asignándole la doncella como acompañante, mientras Crescenz debía quedarse sola a atender al señor en el amplio departamento.

Esa noticia, de que únicamente el benévolo señor iba a confiarle su cuidado, tuvo en los pesados sentidos de Crescenz el efecto de una repentina efervescencia. Como si se hubieran agitado salvajemente en una botella mágica todos sus jugos y fuerzas, del fondo de su ser emergió un sedimento oculto de pasión que coloreó por completo toda su figura. La denominada, esa torpe criatura, de pronto se descongeló de sus miembros duros y helados; parecía, como si desde esa noticia electrizante hubiera adquirido de súbito ligereza en las articulaciones y un andar rápido y ágil. Andaba de una habitación a otra, subía y bajaba escaleras; tan pronto como oía el ruido de la llave en la puerta exterior, se apresuraba a recibir el abrigo y el bastón del señor. En la cocina duplicaba sus esfuerzos, se esforzaba incluso en aprender, con dificultad, el camino extraño hacia la gran sala de mercados, solo para comprar un asado de

ciervo. Y también en su aspecto externo se notaban signos de mayor esmero.

Entonces, tarde en la noche, cuando el barón regresó del tren y, con presteza, le entregó el bastón y el abrigo mientras decía con un suspiro de alivio: «¡Expedido con éxito!», ocurrió algo insólito. Porque de repente, alrededor de los labios apretados de Crescenz, que nunca, como todos los animales, reían, se produjo un tirón violento y un estiramiento. Su boca se torció, se abrió de par en par, y de repente surgió, en medio de su rostro idiota iluminado, una sonrisa tan franca y bestialmente desinhibida que el barón, avergonzado por tal inapropiada intimidad, se retiró en silencio a su habitación.

\*\*\*

Pero ese efímero instante de incomodidad pasó rápidamente, y en los días siguientes ya unían a ambos, señor y criada, el unísono suspiro de una silenciosa y placentera libertad. La ausencia de la mujer había liberado la atmósfera, como despejando una nube amenazante: el marido liberado, feliz de haberse desprendido del incesante recuento de cuentas, llegaba a casa ya la primera noche, y la silenciosa diligencia de Crescenz le ofrecía un reconfortante contraste frente a los excesivamente loquaces recibimientos de su esposa. Crescenz se volcaba de nuevo en su quehacer diario con apasionado entusiasmo, se levantaba especialmente temprano, limpiaba todo hasta dejarlo reluciente, fregaba pomos y hebillas como una obsesionada, preparaba menús especialmente deliciosos, y para sorpresa del barón, en el primer almuerzo notó que para él se había elegido únicamente el valioso servicio que, de costumbre, sólo salía del aparador de plata en ocasiones especiales. Generalmente despistado, no podía evitar notar el atento y casi delicado cuidado de aquella criatura singular; y bondadoso, como era en el fondo, no escatimaba en expresar su satisfacción. Elogiaba sus platos, le lanzaba de vez en cuando unas palabras amistosas y, al día siguiente por la mañana —era su día de santo—, al encontrar una tarta artísticamente preparada con sus iniciales y un escudo

excesivamente azucarado, le dirigió un regocijo altanero:  
—¡Vas a consentirme, Cenzi! ¿Y qué haré entonces, si, Dios no lo quiera, mi esposa regresa?

Tal insolente y desenfrenada confianza de un señor hacia su criada, que en otros países quizá sorprendiera, en la aristocracia del viejo Austria no era en absoluto inusual: ese tipo de desinhibición surgía tanto de la actitud desenfadada que aquellos caballeros tenían en la vida y en el sillón, como de un desmedido desprecio por el vulgo. Así como en ocasiones los archiduques, arrastrados a una pequeña ciudad gallega, por la tarde solían dejarse recoger por algún hombre vulgar de burdel, y la mujer medio desnuda era entregada luego al recadero, sin importarles que toda la chusma burguesa de la ciudad se deleitase a la mañana siguiente con la jugosa anécdota, así el alto noble prefería reunirse en caza con su cochero o jinete antes que con un profesor o un gran comerciante. Pero esta aparente intimidad democrática, concedida y tomada con ligereza, era todo lo contrario a lo que aparentaba: siempre se entendía de manera completamente unilateral y terminaba en el instante en que el señor se levantaba de la mesa. Y dado que la pequeña nobleza se empeñaba en imitar el gesto feudal, al barón no le costaba en absoluto expresarse con desdén sobre su esposa ante un tosca masa campesina —ciertamente por su silencio, pero también, sin saberlo, por la violenta y apasionada risa que aquella ingrata criada absorbía de tan humilladoras palabras.

No obstante, él se obligó a aguantar durante algunos días antes de despojarse de las últimas consideraciones. Luego, ante múltiples señales de su callada complicidad, comenzó a comportarse de nuevo como un soltero, acomodándose en su propia vivienda. Sin mayor explicación, llamó a Crescenz al cuarto día de su viudez de paja y ordenó, con tono ecuánime, que por la noche preparara una cena fría para dos personas y se fuera a la cama; de lo demás, él se encargaría. Crescenz aceptó la orden en silencio. Ni una mirada, ni un parpadeo dejaban entrever si el verdadero sentido de aquellas palabras había penetrado tras su baja frente. Pero, tan bien como comprendió su verdadera intención, su señor se percató pronto, con

sorprendido regocijo, ya que no sólo encontró, al llegar tarde en la noche con una pequeña soprano tras el teatro, la mesa exquisitamente puesta y adornada con flores: también en el dormitorio, junto a su propia cama, se mostraba descaradamente preparada la de la vecina, y el alborotado bata de seda y las zapatillas de su esposa estaban esperanzadamente dispuestas. Inexorablemente, el marido liberado tuvo que reír ante tan completa preocupación de aquella criatura; y así se disiparon de sí las últimas inhibiciones ante esa cómplice intimidad. Ya por la mañana se apresuraba a hacer que ayudara al galante intruso a vestirse; de ese modo, el silencioso acuerdo entre ambos quedaba totalmente sellado.

En esos días, Crescenz también recibió su nuevo nombre. Aquella animada soprano, que en ese momento estudiaba a Donna Elvira y, en tono burlón, solía elevar a su tierno amigo al Don Juan, le dijo una vez riendo:

—¡Llama a tu Leporella!

Ese nombre le resultó divertido, precisamente porque parodiaba de forma tan grotesca a la árida tirolesa, y de entonces en adelante él no la llamó de otro modo que Leporella. Crescenz, primero mirando con extrañeza y luego seducida por la melódica sonoridad de ese nombre incomprensible para ella, disfrutó casi como una nobilitación: cada vez que el insolente la llamaba así, se separaban sus finos labios, dejando al descubierto sus dientes marrones de caballo, y de forma sumisa, como si moviera la cola, se acercaba para atender las órdenes del benevolente señor.

El nombre fue concebido como una parodia, pero de manera involuntaria la aspirante diva operística, con ese apodo, había revestido a la singular criatura de un vocabulario encantadoramente adecuado, pues, al igual que Dapontes y sus cómplices gourmet, esta extraña, endurecida y vieja doncella sentía un orgullo singular por las aventuras de su señor. ¿Era acaso la satisfacción de encontrar cada mañana la cama de la odiada esposa, revuelta y deshonrada por algún joven cuerpo, o burbujeaba en secreto un disfrute ante la masculina abundancia de su señor en sus sentidos?

En todo caso, aquella estricta, rígida y remota muchacha mostraba de pronto una pasión casi fervorosa por estar al servicio de todas las peripecias de su señor. En su propio cuerpo destartalado, ya desprovisto de sexualidad por décadas de labor, se deleitaba cálidamente con el placer emparejado de poder echar un vistazo a la segunda y pronto a la tercera mujer en el dormitorio: como un brebaje, aquella complicidad y el embriagador perfume de la atmósfera erótica producían en sus sentidos adormecidos un efecto electrizante. Crescenz se transformó verdaderamente en Leporella y, como aquel jovencito vivaz, se volvió ágil, saltarina y fresca; extrañas cualidades emergieron en su ser, impulsadas por el torrente abrasador de aquella participación ardiente: diversas artimañas, picardías y sutilezas, algo de oídos, curiosa, espiadora y meneadora. Se ponía a escuchar en la puerta, miraba por los agujeros de las cerraduras, escudriñaba habitaciones y camas, subía y bajaba las escaleras, apenas percibiendo, con una excitación casi animal, una nueva presa, y poco a poco esa vigilancia, esa curiosa y ansiosa complicidad, fue forjando en ella una especie de ser viviente que emergía de la rancia cáscara de su anterior insensibilidad. Para asombro general de los vecinos, Crescenz se volvió conversadora, hablaba con las muchachas, bromeaba torpemente con el cartero, y empezó a entrometerse en charlas y cotilleos con las vendedoras; y una noche, cuando se apagaron las luces en el patio, las criadas del otro lado del cuarto escucharon un extraño zumbido provenir de la ventana, que hasta entonces había quedado silente: Leporella, de forma torpe, con voz apenas audible y rechinante, cantó una de aquellas canciones alpinas, como las que entonaban las pastoras en los prados al anochecer. Con un tono completamente quebrado, deformado por sus labios inexpertos, tartamudeó laboriosamente la monótona melodía; pero, aun así, sonaba extrañamente conmovedora y ajena. Por primera vez desde su niñez, Crescenz intentó cantar de nuevo, y había algo estremecedor en aquellos torpes acordes, que, tras años sumidos en la oscuridad, luchaban por emerger a la luz.

El autor inconsciente de esa extraña transformación en la que se había abatido la decrepita, apenas notada por el barón —¿quién se voltea a ver su sombra? —, no percibió nada más en Crescenz que su incesante disposición al servicio, silenciosa, confiable y entregada hasta la extenuación. Y precisamente ese mutismo, esa distancia natural en todas las situaciones discretas, le resultaba a él un alivio especial; a veces le acariciaba despreocupadamente, como se acaricia a un perro, le dedicaba unas palabras amistosas, y en ocasiones bromeaba con ella, pellizcándole generosamente el lóbulo de la oreja, obsequiándole un billete o una entrada de teatro —cosas pequeñas para él, que sacaba sin pensar del bolsillo, pero que para ella eran reliquias que guardaba con veneración en su cajita de madera. Gradualmente se acostumbró a pensar en voz alta frente a ella e incluso a confiarle encargos complicados —y cuanto más expresaba él señales crecientes de confianza, más agradecida y diligente se mostraba ella. Un instinto curioso, olfativo, buscador y sensible iba surgiendo en ella, que perseguía ávidamente todos sus deseos e incluso se adelantaba a ellos; toda su vida, sus aspiraciones y anhelos parecían traspasar su propio cuerpo hasta el de él; lo veía con sus ojos, lo escuchaba para sus oídos, y disfrutaba de todas sus alegrías y conquistas con un entusiasmo casi depravado. Irradiaba, cuando algún nuevo ser femenino cruzaba el umbral, y al ver que él, decepcionado y herido, regresaba por la noche sin acompañante cariñosa, lo miraba con una mezcla de desilusión y ofensa, hasta que se despedía; su antiguo pensamiento somnoliento se volvió ahora tan ágil y vehemente como sus manos, y en sus ojos destellaba una nueva luz vigilante. En el rancio, cansado y mecanizado animal de trabajo, había despertado un ser humano —un ser, opaco, reservado, astuto y peligroso, reflexivo y ocupado, inquieto y lleno de intrigas.

Y una vez, cuando el barón llegó a casa antes de lo previsto, se quedó sorprendido en medio del pasillo: ¿acaso no se escuchaban detrás de la puerta de la cocina, de la que normalmente jamás hablaba, unas risitas y carcajadas extrañas? Y ya entonces, frotándose torpemente las manos sobre el delantal, Leporella salió

de la puerta entreabierta, descarada y al mismo tiempo avergonzada.

—Disculpe, señor —dijo, arrastrando la mirada por el suelo—. La hija del confitero está adentro... una muchacha muy bonita... que tanto desearía conocerlo.

El barón levantó la vista, sorprendido, sin saber si indignarse ante tan insolente intimidación o divertirse con su servil eficiencia en el cortejo. Finalmente, su curiosidad masculina venció:

—Déjala que se acerque un momento.

La muchacha, un crujiente y rubio chiquillín de dieciséis años, que Leporella había ido atrayendo poco a poco con halagos, apareció sonrojada y con tímidos risueños, tras ser reiteradamente empujada por la criada, y se paró torpemente frente al elegante hombre, a quien había observado, a medias, con infantil admiración, desde el negocio de enfrente. El barón la encontró atractiva y le propuso tomar té en su habitación. Incerta de si podía aceptar, la muchacha se volvió hacia Crescenz. Mas ésta ya había desaparecido con notable prisa en la cocina, y así el intrépido invitado no tuvo más remedio que, sonrojado y excitado por la curiosidad, aceptar la peligrosa invitación.

\*\*\*

Pero la naturaleza no da saltos: aunque de ese ser duro y recalcado se hubiera extraído, por la presión de una pasión encorvada, cierto movimiento mental, en Crescenz este pensamiento recién aprendido y estrecho no se extendía más allá del siguiente acontecimiento, manteniéndose aún vinculado al instinto fugaz de los animales. Enterrada por completo en su obsesión de servir al amado señor como un canino leal, Crescenz olvidó por completo a la ausente esposa. Por ello, su despertar se volvió aún más terrible: como un trueno caído del cielo despejado, una mañana, de mal humor y enfadado, el barón entró con una carta en la mano y le anunció que debía arreglar todo en la casa, pues su esposa regresaría al día siguiente del sanatorio.

Crescenz se quedó pálida, con la boca abierta, en estado de shock: la noticia le había golpeado como un cuchillo. Se quedó mirando sin parpadear, como si no la entendiera. Y tan desmesurada, tan horrorosamente, se desgarró su rostro por aquel infortunio, que el barón sintió que debía consolarla con unas palabras suaves.

—Me parece que tampoco te alegra, Cenzi. Pero, qué se le va a hacer.

Mas ya de inmediato algo volvió a agitarse en aquel rostro pétreo. Desde lo más profundo, casi desde las entrañas, se manifestó un espasmo violento, que gradualmente tiñó de un rojo oscuro las que hasta hace instantes habían sido de un blanco intenso. Muy lentamente, bombeado con golpes duros del corazón, algo brotó: la garganta tembló bajo el esfuerzo constrictivo. Y al fin, se alzó y salió opacamente entre sus dientes apretados:

—Ah... ah... se puede... se puede hacer algo...

Firme, como un disparo mortal, lo que salió fue contundente. Y tan malvado, tan sombríamente decidido, se torció el rostro distorsionado tras aquella violenta descarga, que el barón se sobresaltó involuntariamente y retrocedió, asombrado. Mas ya Crescenz se volvió de nuevo y empezó a frotar con una energía espasmódica un mortero de cobre, como si quisiera romperse los dedos.

\*\*\*

Cuando la esposa regresó a la casa, se desató otra tormenta: las puertas se golpeaban estruendosamente, la mujer irrumpía de manera airada por los pasillos y, como ráfaga, barría la opresiva atmósfera sofocante del hogar. Quizás la traicionada había descubierto, a través de insidiosas filtraciones de los vecinos y de cartas anónimas, la indignidad con que el hombre abusaba del dominio de la casa, o se enfureció por el nervioso y descarado descontento que mostraba al recibirla; en cualquier caso, los dos meses en el sanatorio parecían no haber servido a calmar sus tensos nervios, ya que los ataques de llanto se alternaban con amenazas y

escenas histéricas. Las relaciones entre ambos se volvieron cada vez más insoportables día tras día. Durante algunas semanas, el barón aguantó, con la firmeza de un hombre, el aluvión de reproches, respondiendo de forma evasiva y tranquilizadora cada vez que ella amenazaba con divorciarse o con escribir a sus padres. Pero precisamente esa indiferencia fría y desalmada lo empujaba aún más a la esposa, rodeada por una hostilidad secreta, hacia una excitación nerviosa cada vez mayor.

Crescenz se había refugiado por completo en su antiguo silencio. Mas ese silencio se había tornado agresivo y peligroso. A la llegada de su señora, ella se mostraba desafiante en la cocina, evitando, cuando al fin se le llamaba, saludar a la que regresaba. Con los hombros encorvados de forma obstinada, se quedaba allí, de madera, respondiendo de modo tan cortante a todas las preguntas, que la impaciente pronto se retiraba; pero de espaldas, Crescenz, con una sola mirada, canalizaba todo el odio acumulado. Su sentimiento avaro se sentía ilegalmente robado por aquel regreso; había sido desterrada, de la servidumbre apasionadamente disfrutada, al ámbito de la cocina y el horno, y le habían arrebatado el nombre íntimo de Leporella. Pues el barón se cuidaba, con cautela, de mostrar a su esposa en ningún momento la más mínima simpatía por Crescenz. Pero a veces, cuando él, exhausto de las repugnantes escenas y necesitado de algún consuelo, se escabullía a la cocina para despejarse, se sentaba en uno de los duros sillones de madera, solo para soltar un gemido:

—Ya no lo soporto.

Esos instantes, en que el adorado señor buscaba refugio en ella por la excesiva tensión, eran los más benditos para Leporella. Nunca se atrevía a ofrecerle una respuesta o consuelo; se quedaba inmóvil, absorta en sí misma, mirando a veces con una mirada comprensiva, piadosa y atormentada hacia el esclavizado amo, y ese mutismo de complicidad le hacía bien. Mas cuando él abandonaba la cocina, aquella arrugada mueca volvía a subir hasta la frente, y sus pesadas manos exprimían su furia sobre carne indefensa o la frotaban contra cuencos y utensilios.

Al fin, la atmósfera opresiva del regreso se rompió en una descarga tormentosa: en una de aquellas escenas inhóspitas, el barón perdió la paciencia, se levantó bruscamente de su postura de escolar humilde y, con estrépito, cerró la puerta tras de sí:

—¡Ya me harté! —gritó con tal furia que las ventanas resonaron hasta el último aposento. Y aún con el rostro encendido de furia, salió a la cocina, donde encontró a Crescenz temblando como un arco tenso, y exclamó:

—¡Tráeme ya mi maleta y mi rifle! Me voy de caza por una semana. En este infierno ni el mismísimo diablo lo aguanta más: tiene que ponerse fin a esto.

Crescenz lo miró con regocijo: ¡así volvía a ser el amo! Y una risa áspera brotó de su garganta:

—¡Bien dice el señor, que tiene que ponerse fin a esto!

Y, saltando de habitación en habitación con efusivo ímpetu, recogió de los armarios y mesas todo lo que pudo, cada nervio de aquella criatura robusta temblaba de tensión y codicia. Con sus propias manos llevó la maleta y el rifle hasta el coche. Pero cuando él buscaba ya alguna palabra para agradecerle su ímpetu, su mirada se volvió de repente asombrada. Porque, sobre sus labios apretados, había vuelto a brotar aquella risa pérfida que lo asombraba una y otra vez. Involuntariamente, pensó en el gesto encogido de un animal al saltar, tal como lo había observado acechando. Mas ella ya se había vuelto a encoger y apenas murmuró, con voz ronca y con una intimidación casi insultante:

—Que el señor solo viaje bien, que yo ya me encargo de todo.

\*\*\*

Tres días después, el barón fue llamado de urgencia de la cacería por telegrama. En la estación le esperaba su primo. Y con la primera mirada, el perturbado reconoció que algo embarazoso debía haber ocurrido, pues su primo lucía nervioso y agitado. Tras algunas palabras de delicada preparación, se enteró: a su esposa la habían encontrado esa mañana muerta en su cama, y toda la habitación estaba impregnada de gas luminoso. Un accidente fortuito estaba,

según informó el primo, descartado, ya que el horno de gas llevaba inactivo desde mayo y la intención suicida se evidenciaba por el hecho de que la desdichada había ingerido Veronal por la noche. Además, se sumaba el testimonio de la cocinera Crescenz, quien había permanecido sola en casa aquella noche y había oído cómo la desdichada se dirigía, incluso en la oscuridad, hacia el antecuarto, aparentemente para abrir a propósito el gasómetro, que estaba cuidadosamente cerrado. A tal información se sumó que el médico forense presente también descartó cualquier accidente y registró el suicidio en el acta.

El barón comenzó a temblar. Cuando su primo mencionó el testimonio de Crescenz, sintió de repente que la sangre en sus manos se helaba: un pensamiento desagradable y repugnante se agolpaba en él como una sensación de náusea. Pero forzó violentamente a reprimir ese sentimiento hiriente y se dejó conducir sin voluntad por su primo hacia la vivienda. El cadáver ya había sido retirado; en el recibidor le esperaban sus parientes con semblantes lúgubres y hostiles: sus condolencias eran frías como un cuchillo. Con cierta insistencia acusatoria, afirmaron que, lamentablemente, ya no se había podido encubrir el “escándalo”, pues la muchacha había salido gritando a toda prisa por las escaleras esa mañana: “¡La señora se ha suicidado!” Y habían ordenado un funeral discreto, ya que —nuevamente, la afilada cuchilla de la crítica se volvía contra él—, la curiosidad de la sociedad había sido, por tanto de tanto hablar, desagradablemente despertada. El desconsolado escuchaba confundido, levantó involuntariamente la mirada hacia la puerta cerrada del dormitorio y luego la bajó de nuevo de forma cobarde. Quería terminar de pensar algo que le pesaba incesantemente, pero aquellas palabras vacías y maliciosas lo confundían. Durante otra media hora, los parientes se quedaron a su alrededor, oscuros y parlanchines, y luego se retiraron uno a uno. Quedó solo en la habitación, medio oscura, temblando como si recibiera un golpe sordo, con la frente adolorida y las articulaciones fatigadas.

Entonces se oyó golpear a la puerta. “Adelante”, exclamó sobresaltado. Y ya se escuchó, proveniente de atrás, un paso

vacilante, un paso duro, arrastrado y sorpresivamente arrastrado, que él conocía. De repente, lo invadió un terror: sintió su columna como si estuviera firmemente atornillada y, al mismo tiempo, la piel desde las sienes hasta las rodillas se le erizaba por escalofríos helados. Quiso volverse, pero los músculos le fallaron. Así permaneció en medio de la habitación, temblando y sin pronunciar palabra, con las manos rígidas como piedra caídas, y sintió con toda exactitud lo cobarde que debía parecer ese estado de conciencia culpable. Pero fue en vano, pues por más que reunió todas sus fuerzas, los músculos no le obedecían. Entonces, con la misma ecuanimidad, en una voz inmóvil y con la más seca objetividad, se oyó detrás de él:

—Solo quería preguntar si el señor come en casa o fuera de ella. El barón temblaba cada vez más, y el frío ya le llegaba hasta el pecho. Intentó tres veces, sin éxito, hasta que finalmente logró decir:

—No, ahora no voy a comer nada.

Una vez más, el paso se arrastró hacia afuera; no tuvo el valor de volverse. Y de repente se rompió la rigidez: lo sacudió por completo, como si un repentino espasmo de repulsión lo atravesara. Con un tirón saltó hacia la puerta, giró frenéticamente la llave, para que ese paso, ese paso que le seguía fantasmagóricamente, no se le acercara de nuevo. Luego se derrumbó en el sillón, tratando de reprimir un pensamiento que no quería tener y que, sin embargo, surgía, frío y pegajoso como un caracol, llenándolo durante toda la noche sin sueño y en las horas siguientes, mientras él, vestido de negro y en silencio, permanecía junto al ataúd durante el sepelio.

\*\*\*

Al día siguiente del sepelio, el barón abandonó la ciudad apresuradamente: le resultaban intolerables todos los rostros; en medio de su presencia, (¿o al menos así le parecía?) le lanzaban una mirada extrañamente observadora, inquisitiva y dolorosamente penetrante. Y hasta las cosas inanimadas hablaban con tono malévolo y acusador: cada mueble de la vivienda, especialmente el

del dormitorio, donde aún el dulce aroma del gas parecía impregnar todos los objetos, lo repugnaba en cuanto, de manera involuntaria, abría la puerta. Pero su peor pesadilla, tanto en el sueño como en la vigilia, era la despreocupada y fría indiferencia de sus antiguas confidentes, que, como si nada hubiera pasado, deambulaban por la casa vacía. Desde aquella secuencia en la estación, cuando su primo pronunció su nombre, él temblaba ante cada encuentro con ella. Apenas oía sus pasos, se apoderaba de él una nerviosa inquietud fugaz: ya no podía ver, ni soportar más, ese andar arrastrado y distante, esa fría y muda serenidad. Le invadía el asco tan solo al pensar en ella, en su voz chirriante, en su cabello grasiento, en esa opaca, animal y despiadada insensibilidad; y en su furia se volcaba el enojo contra sí mismo, por no tener la fuerza de romper a la fuerza ese vínculo, que le estrangulaba como una soga. Así, solo veía una salida: la huida. Sin decirle palabra, empacó en secreto sus maletas, dejando únicamente un apresurado papelito en el que decía que se había marchado a casa de unos amigos en Carintia.

El barón permaneció fuera durante todo el verano. Una vez, llamado de urgencia a Viena para arreglar la herencia, optó por acudir en secreto, hospedándose en un hotel y sin comunicarle nada al "pájaro de los muertos" que aguardaba en la casa. Crescenz no se enteró de su presencia, pues no hablaba con nadie. Desocupada, sombría como un búho, se sentaba todo el día inmóvil en la cocina, iba dos veces —en lugar de una, como antes— a la iglesia, y recibía, a través del abogado del barón, órdenes y dinero para conciliaciones: de él mismo no oía nada. Él no escribía ni le dejaba decir nada. Así, ella se quedó en silencio y esperó: su rostro se volvió más duro y demacrado, sus movimientos se endurecieron nuevamente, y así, esperando y esperando, pasó semanas en un estado misterioso de inmovilidad.

Pero en otoño, por obligaciones urgentes, al barón ya no le fue posible prolongar su ausencia; tuvo que regresar a su vivienda. En el umbral se detuvo y vaciló. Dos meses en compañía de amigos íntimos casi le habían hecho olvidar muchas cosas —pero ahora, al tener que enfrentarse nuevamente a su pesadilla, a esa persona

quizás también corresponsable— sintió exactamente el mismo apretón opresivo, casi destrozador. Con cada peldaño que subía, cada vez más despacio, aquella mano invisible se apoderaba también más alto de su cuello. Finalmente, necesitó reunir toda su fuerza de voluntad para obligar a sus rígidos dedos a girar la llave en la cerradura.

Sorprendida, Crescenz salió de la cocina apenas oyó cómo se torcía la llave en la cerradura. Al verlo, se quedó pálida por un instante, luego, como por instinto, se agachó y se dirigió hacia el bolso que él había dejado. Pero olvidó pronunciar una palabra de saludo. Él tampoco dijo palabra. En silencio, ella llevó el bolso a su habitación, y él la siguió en silencio. Silenciosamente, él esperó, mirando por la ventana, hasta que ella abandonó el cuarto. Luego, apresuradamente, giró la llave de la puerta de la habitación.

Esa fue su primera bienvenida tras tres meses.

\*\*\*

Crescenz esperaba. Y de igual modo, el barón aguardaba a ver si ese horrible estremecimiento de terror se disiparía al verla. Pero no fue así. Incluso antes de verla, tan pronto como oía sus pasos en el pasillo, ya se apoderaba de él una inquietud nerviosa y fugaz. No tocó el desayuno, salió sin dirigirle palabra alguna, apresuradamente en la mañana, abandonó la casa y permaneció fuera hasta altas horas de la noche, solo para evitar su presencia. Los dos o tres encargos que se vio obligado a darle, los impartía con la mirada en otra parte. Le resultaba asfixiante respirar el aire de esa misma estancia con ese espectro presente.

Crescenz, por su parte, se sentó en silencio durante todo el día sobre su taburete de madera. Ya no cocinaba para sí; rechazaba cualquier plato, evitaba a toda persona. Se limitaba a sentarse y esperar, con ojos tímidos, el primer silbido de su señor, como un perro golpeado que sabe haber hecho algo malo. Su mente opaca no comprendía del todo lo ocurrido; solo sabía que su Dios y su amo

le evitaban y que ya no lo querían, y esa idea se le impregnaba con fuerza.

Al tercer día tras el regreso del barón, sonó el timbre. Un hombre de cabello canoso, de semblante tranquilo y rostro bien afeitado, con una maleta en la mano, se presentó en la puerta. Crescenz quiso rechazarlo. Pero el intruso insistió: era el nuevo criado; el señor lo había mandado llamar para las diez, y debía inscribirse. Crescenz se quedó pálida; por un instante se detuvo, con los dedos extendidos inmóviles en el aire. Luego, como un pájaro alcanzado por una bala, su mano cayó: "Métete tú mismo adentro", le espetó al sorprendido, se giró hacia la cocina y cerró la puerta con estrépito.

El criado se quedó. Desde ese día, el señor no tuvo más necesidad de dirigirse a ella; todos los mensajes le eran comunicados a través del apacible y anciano mayordomo. Lo que sucedía en la casa, ella no lo supo; todo pasaba, como una ola fría, sobre ella.

Esa opresiva situación duró dos semanas y la consumió como una enfermedad. Su rostro se volvió puntiagudo y anguloso, y de repente el cabello en las sienes se tornó gris. Sus movimientos se endurecieron por completo. Casi siempre se sentaba, inmóvil como un bloque de madera, en su taburete, mirando fijamente por la ventana vacía; y cuando trabajaba, lo hacía de forma furiosa, casi como si estallara en un arrebató de cólera.

Tras esas dos semanas, el criado entró una vez en la habitación de su señor, y, durante su modesto esperar, el barón se dio cuenta de que tenía algo especial que comunicarle. El criado ya se había quejado anteriormente del carácter hosco de la "Trampela tirolesa", como él la llamaba con desprecio, y había sugerido despedirla. Pero, algo avergonzado, el barón parecía haber ignorado inicialmente su propuesta. Sin embargo, mientras aquella vez el criado se retiró con una reverencia, esta vez se mantuvo firme en su opinión, mostró una expresión extraña, casi avergonzada, y finalmente murmuró: que el señor, por su bien, no debía encontrarlo ridículo, pero... él podía... sí, no podía decirlo de otra forma... temía por ella. Aquel ser

cerrado y malicioso era insoportable, y el señor barón no tenía idea de qué tan peligrosa persona tenía en su casa.

Involuntariamente, el hombre advertido se sobresaltó. ¿Qué quiso decir con eso? ¿Acaso había escuchado algo concreto? Sintió cómo sus dedos comenzaron a temblar, y apresuradamente apartó el cigarro, para que la excitación de sus manos no se reflejara en el aire. Pero el rostro del anciano era completamente inocente —no, no podía saber nada. El barón vaciló. Luego, de repente, reunió su propia determinación y se decidió: “Espera. Pero si ella te trata de nuevo de manera descortés, despídela simplemente en mi nombre.”

El criado se inclinó, y el barón se retiró aliviado. Cada recuerdo de esa enigmática y peligrosa criatura oscurecía su día. Lo mejor, pensó mientras se marchaba, sería que todo se resolviera, tal vez en Navidad —ya solo el pensamiento de la tan esperada liberación le reconfortaba internamente. Sí, así es lo mejor, se reafirmó: en Navidad, cuando yo ya no esté.

Pero al día siguiente, apenas entró a su habitación tras la comida, se oyó golpear a la puerta. Distraído, alzó la vista del periódico y murmuró “Adelante”. Y ya se escuchó ese paso arrastrado y maldito, que siempre rondaba en sus sueños, al entrar. Se sobresaltó: como un cráneo, pálido y cadavérico, apareció el rostro osificado sobre la figura negra y encorvada. Algo de compasión se mezcló con su horror, al ver que el temeroso paso de ese ser, completamente abatido, se detuvo humildemente al borde de la alfombra. Y para disimular aquella aturdida confusión, se esforzó por parecer despreocupado: “Bueno, ¿qué sucede, Crescenz?”, preguntó. Pero no salió como se esperaba, jovial y cordial; al contrario, la pregunta sonó, en contra de su voluntad, fría y áspera.

Crescenz no se movió. Se quedó mirando fijamente la alfombra. Finalmente, como si empujara algo con el pie, dijo: “El criado me ha despedido. Me dijo que el señor me ha despedido.”

El barón se levantó, avergonzado. No había esperado que sucediera tan pronto. Empezó a balbucear, diciendo que no se lo

había querido decir tan severamente, que debería intentar llevarse bien con el resto del personal, y mencionó otras cosas al azar que se le escapaban.

Pero Crescenz se quedó inmóvil, con la mirada clavada en la alfombra, con los hombros encorvados. Con amargura tenaz, mantuvo su cabeza baja, ignorando todas sus palabras imperativas, esperando únicamente una palabra que no llegó. Y cuando finalmente, con cierto desdén por el papel despreciable que se veía forzado a desempeñar ante un sirviente, quedó en silencio, se lanzó de forma torpe: "Solo quería saber si el señor barón, personalmente, le encargó a Anton despedirme."

Lo dijo, dura, reacia y violentamente. Y eso le pareció al barón, ya irritado, como un golpe. ¿Era una amenaza? ¿Lo desafiaba? Y de repente, toda la cobardía, toda la piedad en él se disipó. Todo el odio y repugnancia acumulados en semanas estallaron, ardiendo junto con el deseo de poner fin a todo. Y de pronto, cambiando completamente el tono, con esa fría objetividad aprendida en el ministerio, afirmó indiferente: sí, sí, es cierto, de hecho le había dado al criado carta blanca para disponer libremente de todo lo relacionado con el hogar. Él, personalmente, deseaba lo mejor para ella y se esforzaría en revocar el despido. Pero si ella insistía en no llevarse bien con el criado, entonces tendría que prescindir de sus servicios.

Reuniendo con firmeza toda su voluntad, decidido a no retroceder ante ninguna insinuación o confidencia secreta, dirigió su mirada con determinación hacia la supuesta amenazada y la observó con firme resolución.

Pero la mirada que Crescenz levantó tímidamente del suelo no era más que la de un animal herido, que apenas ve a la manada asomar desde entre los arbustos. "Muchas gracias..." murmuró débilmente. "Ya me voy... no quiero molestar más al señor..."

Y lentamente, sin volverse, salió arrastrándose por la puerta, con los hombros caídos y pasos rígidos y de madera.

\*\*\*

Por la tarde, cuando el barón regresó de la ópera y, al buscar entre las cartas recibidas en el escritorio, notó algo extraño y cuadrado, reconoció a la luz resplandeciente una caja de madera tallada, de origen campesino. No estaba cerrada: en orden meticuloso se hallaban en su interior todas las nimiedades que Crescenz le había entregado alguna vez, las pocas cartas de la cacería, dos entradas de teatro, un anillo de plata, el conjunto acumulado en forma rectangular de sus billetes y, entre tanto, una fotografía instantánea tomada hace veinte años en Tirol, en la que sus ojos, aparentemente asustados por el flash, mostraban el mismo rostro golpeado y maltrecho que había exhibido apenas unas horas antes en su despedida.

Algo desconcertado, el barón apartó la caja y salió para preguntar al criado qué hacían aquellas cosas de Crescenz sobre su escritorio. El criado se ofreció de inmediato a traer a su enemiga para que rindiera cuentas. Pero Crescenz no se encontraba ni en la cocina ni en ninguna otra habitación. Y fue recién cuando, al día siguiente, el informe policial comunicó el suicida precipicio de una mujer de unos cuarenta años desde el puente del canal del Danubio, que ambos entendieron que era hacia donde Leporella había huido.

**FIN**

1. [Leporella - Stefan Zweig](#)
2. [Leporella](#)

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO**  
**PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**